PROBLEMAS DEL CONOCIMIENTO

Toda búsqueda intelectual pone en ejercicio nuestras facultades de conocer. Ahora bien, estas facultades en sus pretensiones, sus estructuras, plantean numerosos problemas. Estos -- problemas del conocimiento tienen por otra parte, repercusiones muy graves sobre la mayoría de los otros problemas filosóficos: el ser, el Yo, etc.

El sujeto conocedor puede ser considerado en distintas -- formas. Lo podemos considerar en su relación con el objeto conocido. Entonces surge esta pregunta capital: ¿Es el objeto tal - como lo conozco?, pregunta que a su vez se vuelve más amplia y se convierte en: ¿El objeto que conozco existe? Mejor dicho: -- puedo yo estar seguro de que existe algo fuera de mi pensamiento? Este es el problema crítico del conocimiento.

Pero podemos también buscar lo que nuestra facultad de conocer significa para nosotros mismos. ¿Nos pone aquella en con-- tacto con el ser o nos aleja de él? ¿Nuestros dos medios esen-- ciales de conocer-sensible y racional- suponen en nosotros la - coexistencia de dos substancias? Y en este caso ¿cómo estas dos substancias pueden comunicarse?.

En fin el conocimiento puede hacernos reflexionar sobre el ser en general. Nuestro conocimiento sensible nos asegura del movimiento, del cambio. Al contrario parece que nuestras ideas estén fijas, inmóviles. ¿A cuál de estas dos facultades he de cre

er? ¿Se puede a la vez admitir estos dos puntos de vista y -- conciliarlos?.

La segunda cuestión aquí planteada será el objeto de -- reflexiones que se agrupan bajo la apelación de: problemas -- del yo. La tercera constituye lo esencial de la búsqueda so-- bre el ser y la nada, la ontología.

En lo que se refiere al primer problema, aunque esté íntimamente vinculado a los dos otros, conviene separarlo para constituir el estudio con el cual se inaugura la serie de los problemas filosóficos: El del problema crítico del conocimiento.

PROBLEMA CRITICO DEL CONOCIMIENTO

El problema crítico del conocimiento nace de tres actitudes interiores que se suceden o conviven en nosotros: la admiración, el asombro, la inquietud. El problema y los inten-- tos de solución que le fueron dados permanecen siendo un juego estéril del espíritu por el que no establece primero en sí mismo este triple clima: Esto requiere meditación y ejercicio. Hay que ejercitarse antes de iniciar este estudio en maravi-- llarse de lo que la costumbre nos hace considerar demasiado - facilmente como banal: conozco; todo un mundo existe para mi; puede salir de mí mismo para "ser" en alguna forma el azul del cielo, la figura atormentada del árbol, el canto del pájaro; veo rostros humanos, les hablo y nuestros verbos mezclados hacen surgir un Universo en el cual comulgamos: el universo del conocimiento.

Pero este maravillarse nos conduce a asombrarnos: ¿cómo todo esto es posible? Es verdaderamente extraño que este árbol frente a mi sea, a la vez fuera de mí y en mí. Puedo casi sentir en mi la subida de su savia, el empuje de sus raíces; el brote de una yema me dota en cierto modo de un nuevo órgano.- ¿Cómo es posible que lo conozca a la vez como "mismo" y "otro"? Cambia y permanece. Habría tras de estos colores y de estas - formas, otra realidad permanente por la cual y en la cual colores y formas tomarían su cambiante realidad? Si entre el poeta y este árbol se establece un diálogo, ¿es porque el árbol tiene un lenguaje suyo o porque el poeta le ha conferido sus propias palabras? ¿Hay entre el mundo y nosotros un diálogo, o la ilusión de un diálogo? ¿No soy finalmente yo quien da al universo un sentido y no soy acaso víctima de un espejismo -- cuando admiro este "sentido" en un Universo que sin mí no tendría ninguno?.

Entonces el asombro se cambia en angustia: ¿este mundo magnífico...ni siquiera existe? ¿No estoy acaso solo, definitivamente, desesperadamente solo?

Tal es la palpitante realidad humana de la cual se alimentan todas las búsquedas que vamos a tratar de tomar en --- cuenta nuestra. Son vanas para el que no admiró, para el que no sabe asombrarse o queda cerrado a la inquietud. Ser filósofo es sentir palpitar todo aquello en los razonamientos más - abstractos que van a seguir.

A. POSICION DEL PROBLEMA.

Nos es dado conocer desde el despertar de nuestra con-- ciencia psicológica (1). Nuestro conocimiento de los objetos se acompañaba de la certidumbre instintiva de que los conocíamos tales cuales eran. Con mayor razón no dudábamos de la e-- xistencia de aquellos objetos. En una palabra, éramos realistas. Luego, confrontando nuestro conocimiento de las cosas -- con el que tenían los demás, nos hemos dado cuenta de que diferían en una gran medida y que establecer una certidumbre no era una cosa tan simple como lo que habíamos creído primera-- mente. Nos hemos dado cuenta de que la unanimidad de las certidumbres distaba mucho de ser realizada y que por lo tanto no podía proporcionarnos un criterio. Luego llevando un poco más alla nuestra reflexión, vimos que aún si estuviera realizada, esta unanimidad no podría ser jamás un criterio de certidumbre.

lo. Porque podemos tan bien concebir que haya unanimi-- dad en el error como en la verdad. Luego, porque esta unanimidad no se expresaría sino por palabras y faltaría asegurarnos que, para todos, las mismas palabras significan las mismas cosas y se refieren a las mismas experiencias. Dos personas, -- por ejemplo, miran una misma pared y las dos se hayan de a--- cuerdo en declarar: "este muro es verde". Cómo saber si esta misma palabra "verde" implica para cada una de ellas la misma

(1) Llamamos conciencia psicológica o solamente conciencia(por oposición a conciencia moral) al conjunto de nuestras facultades de conocer y de sentir: sensación, percepción, memoria, imaginación, inteligencia, sensibilidad, etc.

experiencia sensorial? En efecto, supongamos que la sensación que una de las personas que miran llama "verde", corresponda a lo que la otra llamaría "violeta". Como desde su primera infancia esta persona se acostumbró a oír llamar verde, lo que veía ella en circunstancias semejantes, se haya de acuerdo -- con los que la rodean sobre la palabra frente a aquella pared, a pesar de que esta misma palabra pueda representar para ella una experiencia distinta.

El acuerdo en un hecho de conocimiento, que puede ser - unicamente verbal, no es, pues, del todo probatorio, cuando - menos en lo que se refiere al conocimiento sensible.

Esto no lleva a poner en duda que las cualidades de los objetos puedan ser inmediatamente conocidas con certeza. Pero también podemos pensar que la existencia misma de los objetos no se nos manifiesta sino por intermedio de aquellascualidades. He aquí, pues, por contragolpe, la existencia misma del objeto contaminada por la duda que había primeramente afectado sólo a las cualidades. Pocas cosasas en efecto tienen un poder de expansión tal como la duda. Al ver esta duda extender sus olas más y más, Descartes decidió acabar con ella, e incapaz de ponerle un dique, se resolvió a dudar de todo y a buscar así una primera certidumbre de la cual podría deducir todas las demás. Así, empezando por dudar que conocía las cosas tales como eran, acabó por dudar que fuesen. Seguirle en esta duda, es plantearse el problema crítico del conocimiento, crítico porque en lugar de admitir nuestra posibilidad de conocer el mundo como un hecho, sometemos esta posibilidad a un exa--

men crítico, es decir, decididos a no dejar escapar nada a -- nuestra Facultad crítica por una parte, buscando un criterio de certidumbre absoluta por otra. Este examen a partir de la duda total podrá llevarnos a diversas conclusiones. Podremos reintroducir, con Descartes, la existencia del objeto exte--- rior, esta vez certidumbre demostrada. Es también posible concluir que el sólo pensamiento existe y que toda la realidad - del objeto se agota en el hecho de ser percibido: será tomar posición idealista. Tal vez pensaremos que aun si hubiera un objeto en sí, independiente de la imagen que tenemos, no lo - podremos conocer jamás; estaremos entonces con Kant, agnósticos. En fin podremos pensar que el fenómeno, la apariencia, - no disimula tras sí ninguna otra realidad, que sólo el fenómeno es, que la apariencia es, sin nada que aparezca, que no -- hay el ser por una parte y sus manifestaciones por otra, sino el ser mismo de las manifestaciones. Nos orientaremos entonces hacia una fenomenología, de tipo Husserl o Sartre.

No plantearse el problema crítico, o más bien pensar - que este problema crítico no se debe plantear, es ser realista. Plantearle y deducir del pensamiento racionalmente todas - las certidumbres -inclusive la de la existencia del mundo exterior-, es semejarse a Descartes. Rehusar la existencia a - algo fuera del pensamiento, es ser idealista. Declarar el ser en sí inconocible, es tomar una actitud agnóstica a la manera de Kant. Optar por la sóla realidad de la apariencia es - ser fenomenista. Tales son en resumen las principales opcio-

nes posibles frente al problema crítico del conocimiento. Las estudiaremos sucesivamente. No podremos para cada una de las elecciones posibles examinar todas las formas de pensamiento que se acercan a ella, sino solamente las más significativas.

B. EL REALISMO

La antigüedad griega, en su conjunto, no se plantea el problema crítico del conocimiento, por lo menos en los términos de duda radical en los que Descartes se lo planteara. En este sentido es realista. Pero esta afirmación debe sufrir, en lo que a Platón se refiere, correcciones muy importantes que no tienen lugar aquí. Por esto preferiremos considerar el -- realismo en su forma más intransigente: el de Aristóteles -- que hizo suyo en el medioevo Santo Tomás de Aquino.

Aristóteles y después de él Santo Tomás rehusan plan-- tearse el problema crítico. Sus trabajos filosóficos empie-- zan directamente por los estudios de los problemas puramente ontológicos, tales como categorías del ser, o problema de la existencia de Dios. Que el pensamiento logre un objeto fuera de sí es un hecho del cual no se puede dudar.

Esta posición del Estagirita y del Aquinense está en - estrecha relación con la concepción que tienen de la Verdad. La Verdad es el encuentro, la coincidencia del ser y del pen samiento "Adaequa tio reiaiet intellectus". Todo acto de cono cer supone una presencia inmediata y recíproca de un pensa-- miento a una cosa que coinciden cuando la verdad se ha logra

do. Se sigue de esto que poner aparte el objeto para dudar de su existencia no es, en esta concepción, criticar el conoci-- miento, sino suprimirlo.

Me hallo frente al mundo que se presenta a mi, vestido de cualidades sensibles: colores, formas, dimensiones, etc., - estas cualidades existen por y en el objeto. Constituyen sus aspectos cambiantes; los accidentes. Más allá de estos acci-- dentes queda la realidad última, inteligible, inmutable: la - substancia.

Mi conocimiento sensible me revela las cualidades y mi conocimiento racional extrae la substancia. Pero las cualida- des sensibles y cambiantes al igual de la substancia inteligi ble e inmutable son objetivas, realidades fuera de mi. Los ac cidentes componen el mundo de la apariencia que manifiesta un mundo en si:-el de las substancias, en que y por que estas a- pariencias son: el árbol en invierno no ofrece las mismas apa riencias (accidentes) que el árbol en verano- Mis sentidos -- perceptivos me revelan un cambio real, es decir, fuera de mi. Pero bajo estos cambios, una realidad permaneció idéntica es- te árbol es siempre un árbol; participa de la esencia que ha- ce que todos los árboles sean árboles, cualesquiera que sean sus cambios y sus aspectos contingentes.

Accidentes y substancia constituyen el objeto que es, y es real como lo conozco sin que tenga ni siquiera la posibili dad de poner en duda esta doble realidad frente a mi pensa--- miento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO